

# Introducción

---

*«Debemos expropiar discretamente la propiedad privada en el Estado que nos sea asignado. Trataremos de empujar más allá de la frontera a la población más pobre, procurándole trabajo en los países de tránsito y negándoselo en nuestro país. (...) Tanto el proceso de expropiación como el desalojo de los pobres se deben llevar a cabo con discreción y cautela».*

Entrada del diario de Theodor Herzl,  
fundador del movimiento político sionista.

Entre sus muchos efectos colaterales, los eventos del 11 de septiembre de 2001 supusieron un balón de oxígeno para aquellos que gustan de oscurecer las raíces del conflicto en Oriente Próximo mediante el recurso a teorías culturalistas, confesionales y (contra)civilizatorias. Mientras tales tesis hacen fortuna (a menudo literalmente, como en el caso de algunos ex jefes de gobierno y sus generosamente retribuidas conferencias) en tribunas de toda índole y gentes de variada condición, capaces de citar a Huntington con la naturalidad con que se cita un fenómeno atmosférico, las auténticas razones del desasosiego permanecen como una experiencia íntima palestina, un dolor de perfil bajo —un dolor «oriental»— que chisporrotea apagadamente en los televisores entre llamamientos a la paz y al diálogo entre «las partes».

Los ensayos recogidos en este volumen devuelven la cuestión de Palestina al marco explicativo del que nunca debió salir, que no es otro que el problema de la tierra y el expolio de la comunidad árabe nativa en favor de un grupo de nuevos inmigrantes que, en pocos años, pasaron de ser refugiados que huían de los pogromos zaristas a una comunidad organizada de colonos financiada desde el exterior y con una marcada agenda política regida por principios de pertenencia y exclusividad (pretendidamente) étnicas. En esa agenda, el campesinado palestino era un mero objeto de destitución y las tierras que cultivaban desde hacía siglos el material indispensable para el éxito del proyecto colonial sionista. Desde 1880 hasta el momento en que se escriben estas líneas, el patrón de expropiación y desalojo de la población árabe autóctona ha experimentado variaciones circunstanciales y menores, al igual que la ideología sionista encargada de implementar política y militarmente el proceso de desahucio.

«La cuestión oculta» (1907), el ensayo que da título al volumen, es un texto clásico y prolijamente citado que aquí se presenta —acaso por vez primera— traducido al castellano. Su autor es Yitzhak Epstein, filólogo y educador de origen ruso y pionero sionista en Palestina, que en el séptimo congreso sionista, celebrado en Basilea en 1905, llevó a cabo ante sus camaradas ideológicos una de las más lúcidas y directas impugnaciones de las tempranas prácticas adoptadas por su movimiento en Tierra Santa, en especial de aquellas que significaban el desalojo, la exclusión y el empobrecimiento de la población árabe nativa en beneficio de la nueva inmigración judía. La exposición de Epstein, publicada dos

años más tarde en la revista *Hashiloah*, resulta muy valiosa por diferentes motivos. En primer lugar, estamos ante el relato no solo de un testigo directo de los acontecimientos, sino de un protagonista de los mismos cuyo propio asentamiento en Palestina comportó el desalojo de pobladores nativos; con evidente amargura, Epstein registra la huella de su experiencia expoliadora: «*En mis oídos aún resuenan los lamentos de las mujeres árabes el día que sus familias salieron de Ja'uni —Rosh Pina— para asentarse en el Horan, al este del Jordán. Los hombres montaban en burros y las mujeres los seguían llorando con amargura, y todo el valle se llenó de sus lamentos. Mientras se iban, se paraban a besar las piedras y la tierra*».

En segundo lugar, está la claridad con la que Epstein expresa el núcleo del problema que empezaba a gestarse en ese momento, cuando la comunidad sionista en Palestina se aventuraba en la adquisición de tierras y prescindía de los cultivadores árabes que las habían trabajado durante generaciones para subsistir. Pese a que la doble consigna del «trabajo hebreo-tierra hebrea» se aplicó de manera menos ideológica que natural en los primeros asentamientos sionistas en la zona, no por ello resultaban sus efectos menos devastadores para la población autóctona que los sufría: «*Es costumbre en Eretz Israel que la finca cambie de propietario pero que los aparceros permanezcan en el sitio. Sin embargo, cuando nosotros adquirimos las propiedades desalojamos de ellas a los antiguos cultivadores. (...) si no queremos engañarnos a nosotros mismos con una mentira convencional, debemos admitir que hemos expulsado a personas pobres de sus humildes moradas y les hemos quitado el pan de la boca*».

Un tercer rasgo muy notable es la clarividencia con la que Epstein anticipa el desarrollo de los acontecimientos; muchas décadas antes de las intifadas —y no tantas respecto a la Gran Rebelión árabe de 1936—, el pionero ruso formulaba las preguntas cardinales que definen, hoy como ayer, el paradigma del conflicto entre colonos y colonizados: «¿Puede perdurar semejante modo de adquirir la tierra? ¿Callarán para siempre quienes han sido expulsados y aceptarán tranquilamente lo que les hemos hecho? ¿No se levantarán finalmente para recuperar con sus puños lo que les fue arrebatado con el poder del oro? ¿No pedirán cuentas a los extranjeros que les despojaron de sus tierras?». Cien años de conflicto después, «semejante modo de adquirir la tierra» no describe las traumáticas compras y expulsiones realizadas al amparo de la legalidad otomana; hoy en día, el «modo de adquirir la tierra» que experimentan a diario los palestinos de los Territorios Ocupados adopta la forma cruda de las confiscaciones, los muros que cercenan huertos, los permisos denegados para trabajarlos y las ocupaciones de colonos redentores de la tierra de Amalek.

Por último, pero no menos importante, el relato de Epstein apunta a la línea de flotación de uno de los mitos más extendidos por la propaganda sionista desde los inicios de su tarea colonizadora en Palestina, y que consistía en presentar la región como un área casi deshabitada y pródiga en tierras sin labrar, «una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra». La cuestión oculta a la que Epstein se refería era, de hecho, la cuestión de cómo tratar con la población árabe autóctona que habitaba y trabajaba allí desde tiempos muy anteriores a la

llegada del primer sionista. La rotundidad de Epstein al respecto casi no admite comentarios: «*Ha llegado la hora de desechar esa desacreditada idea, tan extendida entre los sionistas, según la cual existe en Eretz Israel tierra sin cultivar debido a una insuficiente fuerza de trabajo y a la indiferencia de sus habitantes. No existen campos vacíos; por el contrario, cada fellah trata de agrandar su parcela a partir de la cisterna colindante... También cultivan cerca de las ciudades y en las laderas inclinadas, y en torno al asentamiento de Metullah los pobres fellahin, tal como hacen los del Líbano, siembran entre las rocas y no dejan un ápice sin explotar*».

Al margen del utopismo cándido de Epstein, que le llevó a convencerse de que todo lo que necesitaban los colonizados para aceptar e incluso bendecir a los colonos era que estos se portaran bien con ellos y les permitieran compartir el néctar de prosperidad que manaría por toda Palestina bajo su impulso espiritual; al margen de su visión soteriológica y la filosofía del buen salvaje que impregna su discurso sobre los árabes, y al margen de que su postura estuviera marcada en gran medida por el temor a que el malestar árabe diera al traste con las aspiraciones nacionales del movimiento sionista, lo cierto es que las palabras de este profesor ruso son mucho más que el rostro amable del sionismo; habituados como estamos al chantaje emocional del *shoot and cry* —que, en una versión libre pero ajustada a la realidad sobre el terreno, podemos traducir como «mato y gimoteo»— con el que el sionismo «liberal» intenta hacer más digestivo su apoyo kahanista a la limpieza étnica y a la supremacía judía en Palestina, corremos el riesgo de pasar por alto el carácter extraordinario del

texto de Epstein, que de hecho se revela insólito y ejemplar en su denuncia de los mecanismos de apropiación y sometimiento que desde fechas muy tempranas marcaron la incursión sionista en la región.

Si la corajuda impugnación de Epstein se producía sobre todo en el marco de la primera *aliyá* u oleada inmigratoria de judíos a Palestina, el texto del profesor Ferran Izquierdo Brichs cubre buena parte de las siguientes en su artículo sobre la judaización del territorio durante la época del Mandato británico (1923-1948). En opinión de este editor, el artículo de Brichs es uno de los mejores análisis publicados directamente en castellano sobre el origen y la agudización del problema de la tierra en Palestina en los años previos a la creación del Estado de Israel. Profusamente documentado —y perfectamente legible—, el texto atiende especialmente al desarrollo de los cambios económicos estructurales que posibilitaron la destitución del campesinado palestino, en particular la progresión mercantilista que experimentó la zona con la entrada del gran capital y todo su aparato de privatización acelerada, especulación, inflación, alza de precios, etc., unido a la colusión entre las autoridades británicas y los colonos sionistas, ampliamente protegidos por la política socioeconómica aplicada por aquellas. Las transformaciones en el régimen impositivo y de propiedad y la promulgación de nuevas leyes terminaron por asfixiar a la población árabe autóctona, hasta el punto de que un alto funcionario inglés pudo escribir, en un informe de 1930, que «*no es exagerado afirmar que la población campesina, en cuanto clase, está por completo arruinada*».

Al igual que el artículo de Epstein, el análisis de Brichs tiene además una importante vertiente desmitificadora, que en este caso opera sobre el conocido lema del desierto transformado en un vergel por la mano diligente del sionismo. Si bien es cierto que la introducción de capital y nuevas técnicas e infraestructura por parte de este movimiento nacionalista europeo se tradujo en un mejoramiento parcial de las condiciones agrícolas en Palestina, no es menos cierto que los colonos sionistas se aplicaron en la adquisición de las tierras más fértiles y mejor irrigadas, especialmente en el Valle de Esdrelón y en la llanura de la costa. En palabras de Brichs: «*Contradiciendo el mito del florecimiento del desierto, los sionistas dirigieron su interés hacia las tierras más productivas, mejor situadas estratégicamente y más fáciles de colonizar*».

Pero los sionistas no solo huyeron de los páramos y se apropiaron de las tierras férciles y de las que ya eran vergeles, sino que su desmesurado apetito comprador les llevó a adquirir más tierras de las que podían trabajar, por lo que, en algunos casos, los sionistas transformaron los vergeles en auténticos eriales. Como ilustra el mismo funcionario citado más arriba: «*Los resultados de la colonización judía del Valle de Esdrelón [Marj Ibn Amir] son variados. En algunas aldeas hay claras señales de éxito; en otras ocurre lo contrario. La aldea de Afula, que la Comunidad Sionista Americana vendió como la Chicago de Palestina, es un mar de cardos que uno recorre durante largo trecho. Una plaga de ratones de campo ha causado enormes daños a los cultivos judíos y árabes del Valle durante el presente año, y oficialmente se afirma que tal plaga se gestó en los 30.000 dunams judíos que permanecen abandonados y cubiertos de maleza*».

Por su parte, el ensayo del estadounidense Hal Draper, publicado en 1957 e inédito hasta ahora en castellano —según creemos—, es una implacable disección de los mecanismos legales que, al finalizar la guerra de 1948, el naciente Estado de Israel puso en marcha con objeto de seguir apropiándose de las tierras árabes. El foco de Draper ilumina sobre todo la desposesión legalizada de aquellos palestinos que lograron permanecer en el país, y cuyos directos descendientes conforman hoy la sufrida, largamente ignorada y cada vez más discriminada minoría palestina del Estado judío. Un escritor sionista con escrúpulos citado por Draper resumía así su perplejidad ante la política aplicada: *«Un futuro estudiante de etnología se preguntará cómo pudo ser que los judíos, en su lucha por construir su Estado sobre bases de justicia y rectitud y habiendo sido ellos mismos víctimas de actos de robo y expropiación sin precedentes, fueran capaces de hacer esto a una minoría indefensa»*. (Como bien puntualiza Draper al final de su ensayo, no fueron «los judíos» quienes hicieron tal cosa, sino los sionistas, cuya judaidad no guardaba relación alguna con su gusto por la propiedad ajena).

Apoyado en la tesis doctoral del investigador Don Peretz y en distintos informes y noticias de la época, el trabajo de Draper desnuda la verdadera magnitud del robo con impronta parlamentaria aplicado a sus compatriotas no judíos por la administración judía israelí, cuya política de expolio masivo llegó a crear una joya del humor negro, la categoría de «ausentes presentes», que impedía a muchos propietarios palestinos con ciudadanía israelí recobrar las que habían sido sus tierras pero que les permitía trabajarlas en régimen de alquiler.

A día de hoy, los palestinos con pasaporte israelí que vieron sus casas, propiedades y aldeas enteras confiscadas por obra de estas leyes no disponen de herramientas jurídicas para hacer valer sus derechos de retorno y restitución. Es por esto que, cuando se habla de la actual riqueza y el moderno desarrollo de Israel, cabría preguntar qué proporción de semejante prosperidad material se debe al colosal proceso de latrocinio emprendido por el Estado desde 1948 contra sus propios ciudadanos de origen árabe. Una parte significativa de la respuesta nos la brinda el trabajo de Hal Draper.

Lo cierto es que «la cuestión oculta», la cuestión de la actitud sionista hacia los árabes, no parece hoy tan oculta en el hodierno Estado de Israel. De hecho parece haberse aclarado de manera pública y casi unánime, sin fisuras. Solo en los últimos meses y siempre en relación a «los árabes», hemos conocido ciertos anteproyectos aprobados por la Knesset, ciertos otros borradores en espera, ciertas medidas adoptadas por el gobierno, ciertas declaraciones de distintos diputados, miembros del Ejecutivo y destacados líderes rabínicos; y hemos visto el recrudecimiento del acoso policial a la minoría palestina de Israel, el afianzamiento de la ocupación en Cisjordania y del estrangulamiento a Gaza, el clamor popular de la mayoría judía israelí, que en cada encuesta de opinión parece superarse en su racismo... El sionismo «humanista» —valga el oxímoron— de Epstein le condujo a creer que la visibilización y el afrontamiento del «problema árabe» supondría la toma de conciencia del colonizador y una cuasi hermandad con el colonizado; de hecho, el sionismo ultrachovi-nista —valga el pleonasma— de la dirigencia y el pueblo

israelíes ha consolidado la visión *araberrein* presente desde los orígenes del movimiento, y los llamamientos a una nueva limpieza étnica masiva —más explícitos o más velados, según la fuente— hace tiempo que ocupan un espacio público en el Estado-nación más intocable de la tierra. Para el sionismo del siglo XXI, la cuestión de cómo tratar a «los árabes» es ya un asunto panóptico y de respuesta inobjetable.

Paradójicamente, y cuando el año 2010 toca a su fin, la auténtica cuestión oculta del momento es aquella que era más visible hace más de un siglo, es decir, la colonización de la tierra y la resistencia generada entre la población autóctona desposeída. Cada vez que ustedes oigan —y lo oirán hasta la náusea— argumentos de base étnica, cultural o religiosa (árabes contra judíos, bárbaros caliginosos contra las luces de Occidente, islam contra democracia, etc.) para explicar el llamado conflicto palestino-israelí, acuérdense de los textos de este libro, repásenlos, hagan fotocopias para su gente o para otras gentes y, sobre todo, acudan a otras fuentes y no dejen de indagar. Verán que todo confluye en uno de esos términos rabiosamente actual, de tan antiguo: co-lo-nia-lis-mo. He aquí la liebre, sin duda. No se queden con el gato.

*Sergio Pérez Pariente*  
Madrid, invierno de 2010